

plaza pública para la edición del 3 de agosto de 1994
1914, la otra Convención
miguel ángel granados chapa

Tal vez fue desafortunada la idea del Ejército Zapatista de Liberación Nacional al buscar semejanzas entre la Convención Nacional Democrática a que convocó el 11 de junio, y la que con denominación semejante se reunió en Aguascalientes ochenta años atrás, a partir de octubre de 1914. Aun el sitio donde se congregarán los miles de asistentes al evento de este fin de semana, ha sido bautizado como la ciudad del centro-norte del país en que se inició, y frustró, el primer intento por unificar los mandos de la Revolución Mexicana, la que había derrocado a Díaz y derrotado a la contrarrevolución encabezada por Huerta.

Aquella Convención tuvo un destino melancólico, pues apareció como un vano esfuerzo por imponer normas donde sólo imperaba la fuerza, y acuerdos donde lo prevaleciente era el interés de los jefes revolucionarios por sacar adelante su causa particular.

Luego de la toma de la ciudad de México por las fuerzas constitucionalistas, el propio Primer Jefe llamó a una junta de generales, gobernadores y mandones militares regionales. A esa convocatoria, cuya concreción marcó la primera etapa de lo que sería la Convención, acudieron sólo los carrancistas, y quedaron al margen las otras dos grandes fuerzas revolucionarias, las que se agrupaban en torno a los generales Villa, en el Norte, y Zapata, en el Sur.

El villismo estableció como condición para unirse a la junta, que se ampliara su carácter y que se trasaladara fuera



- 2 -

de la capital federal, en un punto equidistante de las zonas de mayor concentración de cada uno de los ejércitos. Aguscalientes fue la ciudad elegida, en buena parte por ser un centro ferroviario de importancia. El ferrocarril, en consecuencia, fue el medio de transporte escogido. Y no sólo de transporte: a bordo de sus propios convoyes vivían y trabajaban muchos de los generales. Varias actas de la Convención aparecen fechadas en vagones de los trenes acampados a la vera de la ciudad en cuyo Teatro Morelos se desarrollaron las deliberaciones. El propósito de la Convención, que para esos efectos se autodenominó Soberana, era organizar el gobierno de la Revolución triunfante. A ese propósito de requerían dos condiciones. La primera era sumar al zapatismo, pues los villistas habían accedido ya a figurar en la reunión y participaban en ella. Y la segunda era privar a Carranza de la primera jefatura del ejército constitucionalista.

Ambas condiciones se cumplieron. Los zapatistas llegaron a la Convención y sus delegados consiguieron una tibia y ambigua adhesión al plan de Ayala, bandera de la Revolución del Sur. Fue entonces cuando, en una arrebatada intervención, Antonio Díaz Soto y Gama, el precursor revolucionario, convertido del anarquismo al agrarismo tolstoyano, llamó a la bandera mexicana simple trapo, con lo que provocó un escándalo que estuvo a punto de generar una balacera. Pero más allá de las anécdotas, lo que se jugaba en el Teatro Morelos era la naturaleza del proyecto al que iba a acomodarse la vida futura de México, el papel de las fuerzas que lo modelarían.

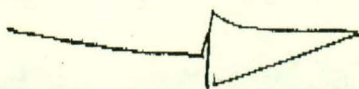
→

- 3 -

La tragedia de la Convención fue que quiso hacerse gobierno sin disponer de un sustento militar propio. Quedó, por lo tanto, presa de los apoyos que el villismo y los zapatistas quisieron y pudieron brindarle. Su primer presidente, el general Antonio I. Villarreal, tenía una hoja de servicios irreprochable, por haber firmado el plan liberal de 1906, y haber combatido en el maderismo y contra Huerta. Con antecedentes tales, y su adhesión a Carranza, hubiera podido ser el depositario del poder presidencial emanado de la Convención. Pero la ruptura de ésta con el carrancismo impidió que por ese camino se desarrollaran los acontecimientos.

La Convención designó entonces al general Eulalio Gutiérrez como Presidente de la República. Sólo dispondría del poder formal de que fue investido durante unos meses, hasta que lo sustituyó el general Roque González Garza. Esa sucesión puso en evidencia que la Convención perdía su carácter de soberana y aun de mecanismo de gobierno autónomo, para quedar sujeta a Villa, pues González Garza era uno de los jefes distinguidos de esa facción.

La derrota militar del villismo a manos de la fuerza encabezada por el general Alvaro Obregón marcó el ocaso de esa temprana tentativa de un gobierno parlamentario. Obregón mismo había figurado entre los convencionistas, y pudo haber sido su guardia armado, pero calculó un porvenir mejor para sí al constituirse en el poder militar en que descansara Carranza. Este, al haber integrado su propio gobierno, con mando real en vastas porciones del país, y dotado de un claro proyecto político, contribuyó a que la Convención se desdibujara día con día.



-4-

Una reunión de jefes militares, que se descompone en una lucha de facciones, esa fue la huella de la Convención de Aguscalientes en la historia mexicana. No es esa herencia, supongo, la que el zapatismo de hoy quiere reivindicar.

—o—